

Pseudónimo: Bardo Thödol

Viaje al “Techo del mundo”

Alejandro Vélez Salas

Entre címbalos, tambores y bailes chino-tibetanos, el 7 de julio de 2006 salió de la ciudad china de Golmud el primer tren con destino a Lhasa. Según reportes proporcionados por el gobierno chino a las agencias informativas¹, la línea férrea cuenta con 1,150 kilómetros de longitud y cruza montañas superiores a los 5000 metros por sobre el nivel del mar. El tiempo del primer recorrido fue de 13 horas y 26 minutos. No faltará mucho para que las agencias de viajes lancen paquetes vacacionales en los que incluyan el viaje a Lhasa como si fuera el *Disneyland* de China. Ignoro lo que digan las reglas del marketing turístico, pero con seguridad las agencias de viajes explotarán en sus folletos el exotismo del Tíbet y su nula accesibilidad para los extranjeros hasta mediados del siglo XX. Dos personajes que pudieron entrar al País de las Nieves durante la primera mitad del siglo anterior, dejaron su viaje descrito en un par de libros de viaje maravillosos: "Viaje a Lhasa" y "Siete años en el Tíbet". El primero pertenece a la francesa Alexandra David Neel que realizó el viaje en 1924 y el segundo corresponde al alemán Heinrich Harrer que lo conseguiría 20 años después.

La pompa y el lujo no acompañaron las salidas de Alexandra David Neel desde China ni la de Heinrich Harrer desde la India. Tampoco disfrutaron de los vagones presurizados y climatizados como aviones y con ventanas que protegen a los pasajeros de los rayos UV. El de ambos fue un viaje a pie que les permitió sumergirse en los secretos de la vida tibetana y más tarde compartirlos con sus lectores. Ambos libros están inscritos dentro del género de la literatura de viajes y fueron escritos con el afán de compartir con el mundo las vicisitudes del viaje al Techo del Mundo.

¹ http://news.yahoo.com/s/ap/20060701/ap_on_re_as/china_tibet_railway/. [Consultada: Julio, 2006].

Desde pequeña, David Neel fue una aventurera crónica. La primera oportunidad que tuvo David Neel para salir de las fronteras europeas se la dio la muerte de su madrina y la gran herencia que le dejó. Con ésta pudo viajar por la India durante todo un año. Fue ahí donde se enamoró de la música tibetana e hizo votos por llegar alguna vez al País de las Nieves. El Tíbet no era un país desconocido para ella, tomó clases con un reconocido orientalista y cuando huyó del Tíbet el XIII Dalai Lama hizo todos los intentos posibles para que éste la recibiera. Fue en 1912 después de visitar la corte del Dalai Lama y convivir con los tibetanos del Himalaya que vio el Tíbet por primera vez. Lo vería muchas veces desde entonces, con los ojos de viajera y orientalista. El evento que puso al Tíbet en el camino de Harrer fue el estallido de la segunda guerra mundial. Había salido como parte de una expedición alemana de alpinismo al Nanga Parbat cuando al atravesar la India los ingleses lo internaron junto a los demás alpinistas en un campo de concentración por considerarlos enemigos de guerra.

Si forzáramos un común denominador entre las “causas anteriores”² de los dos viajeros éste sería el espíritu de aventura y la fobia al sedentarismo. Sin embargo, pareciera que la “Roma Lamaísta” estaba más cerca de David Neel que de Harrer. Realmente Harrer pensó en el Tíbet como vía de escape debido a su neutralidad en los temas políticos mundiales. Para David Neel fue diferente pues para cuando Lhasa entró en su itinerario ya había viajado por algunas de las provincias tibetanas y había estado en la corte del Dalai Lama. El evento que insertó Lhasa en su sendero fue su expulsión del Tíbet en la ciudad de Jakyendu cuando le fueron encontrados bultos con cámaras fotográficas, papel para hacer un herbario y otros instrumentos occidentales desconocidos en el Tíbet. De ahí en adelante la idea de ir a Lhasa se convirtió en una firme decisión.

² En el Tíbet en vez de decir “dadas las circunstancias” se dice “según el resultado de las causas anteriores”.

Debido a la condición de territorio aislado del Tíbet, ambos viajeros jugaron al camaleón con distintos resultados. Harrer mezcló permanganato con grasa y un tinte oscuro y se tiñó de negro la barba y sus cabellos, que en la vida real no eran tan rubios como los de Brad Pitt, actor que lo personificó de manera bastante mediocre en la película que se estrenó con el mismo título del libro de Harrer. Con la grasa que quedó, Harrier se oscureció brazos y cara para hacer creer a los tibetanos que él y su compañero de viaje, el alemán Peter Aufschnaiter, eran dos peregrinos que se dirigían hacia el Ganges. El desconocimiento de la lengua y de las costumbres tibetanas no tardó en delatarlos en medio de un campamento de peregrinos y fueron regresados al campo de concentración de donde habían escapado. Para la siguiente vez ya no se tomaron la molestia de disfrazarse, mejor viajaron de noche y evitaron las caravanas de peregrinos. David Neel usó el mismo método pero utilizó cacao en vez de grasa y además cosió unas trenzas de pelo de yak a su cabello para parecerse más a las tibetanas. Los ropajes adecuados de una anciana peregrina, el conocimiento de lo que debe hacer un mendigo y la suerte de viajar acompañada de un lama llamado Yongden lograron engañar hasta el más observador de los funcionarios gubernamentales.

Aunque 20 años separen a ambas expediciones, el aislamiento del Tíbet fue capaz de detener el tiempo en su interior. Por lo que no fueron radicalmente distintos los obstáculos naturales y políticos que encontraron ambos viajeros. Tampoco la ruta tomada debe considerarse un determinante para ver con diferente lente cada uno de sus relatos. Lo que sí diferencia los relatos es que Harrer y Aufschnaiter nunca pudieron camuflarse con el medio, así que su relato es el de dos occidentales por el Tíbet, mientras que el diario de viaje de David Neel es el de dos peregrinos de

nacionalidad asiática desconocida que viajaron a Lhasa como tantos más. Esto es importante porque desde el punto de vista antropológico y sociológico se pueden sacar mejores conclusiones sobre el estilo de vida, las costumbres y la religiosidad tibetanas del libro de David Neel que del de Harrer. Hay un tejido descriptivo más fino y menos valorizado en el relato de David Neel. Su disfraz de mendiga y el respeto y admiración que provoca su compañero Yongden entre los peregrinos le permiten darse cuenta de costumbres que Harrer nunca descubrió hasta que vivió en Lhasa.

Las páginas más destacadas de Harrer son los recuentos de sus encuentros con el joven Dalai Lama. Esta relación surge en el segundo año en Lhasa que pasan los alpinistas. La amistad de Harrer con la familia del Dalai Lama fue el contacto perfecto para que el pontífice comenzara a programar entrevistas con él sin que sus ministros y maestros se enteraran. A través de los meses, estas entrevistas se convierten en sesiones donde el Dalai Lama intenta resolver todas sus dudas del mundo occidental a través de Harrer. Hablan de historia, de ciencia y de política, y lo que comenzó en una ceremonia formal se convirtió en una profunda amistad donde ya no eran necesarios los protocolos.

Con la construcción del "Tren del cielo" y la negativa China a respetar su independencia, el Tíbet corre el peligro de convertirse en algo más que un parque temático. Valdría la pena preguntarse como Harrer si <<¿serían más felices los tibetanos si el automóvil destronase al yak? ¿Si una carretera directa a la India prometiera elevar su nivel de vida?>> . En palabras de David Neel, <<los tibetanos están sucios y harapientos y a veces comen de manera precaria... pero todos disfrutan del cielo azul, inmenso y luminoso, del sol espléndido y vivificante y olas de felicidad rompen en el alma de estos miserables desheredados de los bienes de la tierra.

Ninguno de ellos tenía un oficio ni sueña con tenerlo. Todos viven felices como pájaros, de lo que pueden picotear cada día en la ciudad o en los caminos>>. ¿Acaso la civilización y la clase de vida que aparece en los relatos de Harrer y David Neel son menos importantes que el progreso técnico y el estilo de vida del que nos sentimos tan orgullosos? Los que respondan afirmativamente seguramente no han leído las vibrantes páginas escritas por estos viajeros.